

HONG-KONG

La orilla deslumbrante

TEXTO Y FOTOS: RAFAEL CHIRRES

Sobre las calles limpias y ordenadas de Hong-Kong se mueve un desorden de multitudes. Vastos ideogramas chinos destacan en medio de una selva de signos de la modernidad.



Desde la cubierta del ferry que une la península de Kowloon con el muelle de Wanchai, en la isla de Hong-Kong, el viajero vio cómo se abrían dos negrísimas nubes monzónicas y se escapaba entre ellas un rayo de sol. Se encendieron los edificios de la isla y, de repente, el horizonte se llenó de destellos amarillos, verdes, rojizos, y la ciudad se presentó ante sus ojos como si alguien hubiese abierto un joyero y le mostrara una soberbia colección de piedras preciosas.

Ya había pensado en eso la noche anterior, cuando se sentó en uno de los bancos que hay frente al Museo, en Kowloon, y que se asoman al estrecho, y vio todas aquellas luces como un incendio de colores reflejándose sobre las aguas. Había pensado en Hong-Kong como en una de esas ciudades fantásticas, hechas de oro y esmeraldas que los navegantes encontraban en el recorrido de sus sueños y que han alimentado las leyendas de tantos viajeros. Allí, frente a él, volvía a desplegarse la ciudad de leyenda, reluciendo bajo las nubes plomizas que cruzaban veloces por el cielo, reflejando la luz del sol y las sombras pasajeras y el agua del mar y los colores de

los barcos que atravesaban el estrecho: las pequeñas lanchas ocupadas por familias, los cargueros, los ferries que transportaban toda aquella población agitada que vivía saltando de una orilla a otra.

Le pareció muy hermosa aquella fachada luminosa de vidrio, le pareció capaz de competir con las viejas ciudades de sus conservadores sueños: Génova, Venecia, Lisboa, Estambul, Tánger. Todo ese concepto de ciudades de piedra y agua, de cal y agua, que Hong-Kong disolvía con sus rascacielos de vidrio, ciudad de sólo agua, de agua reflejada en poliédricos espejos.

Hong-Kong le hablaba en otro idioma, en un idioma que no estaba escrito en viejos libros de hojas amarillas, sino en parpadeantes

pantallas de ordenador, y cuya memoria no se guardaba en lóbbregos archivos, sino en diminutos disquetes. Sí. De ese modo se había encontrado con Hong-Kong, con sus calles limpias y ordenadas, sobre las que se mueve un desorden de multitudes y en las que el brillo de los vistosos ideogramas chinos le ponen las raíces al descubierto, mostrando la permanencia en medio de una selva de signos de la modernidad.

- HONG-KONG
- VIVE SUS ÚLTIMOS AÑOS,
- TOMANDO FUERZAS ANTES DE
- SOMETERSE A LA PRUEBA
- DE FUEGO, CUANDO EN 1997
- SEA CHINA.

En los escaparates lo verdadero parecía tan bueno como lo falso y por todas partes se escuchaba hablar en más de veinte lenguas diferentes.



Había paseado por Nathan Road, por Mody Road, Granville y Camercon, entre escaparates repletos de cámaras fotográficas, walkmans, cintas de video, tomavistas, proyectores y un sinfín de objetos de manejo supuestamente elemental, aunque para él indescifrable. Un futuro en forma de almacén, de gigantesco tinglado portuario en el que la asepsia de la tecnología punta para uso de multitudes se desvanecía al contacto con los olores densos de incienso y fritanga. Los fríos escaparates de repente se convierten en un bazar hindú, las tiendas que venden ordenadores lindan con diminutos restaurantes cantoneses que exponen impudicamente su zoológico a la espera del instante de gloria de la cocina. Las fruterías que esparcen sobre la acera el perfume pesado del mango, de la papaya, de la banana y la humedad.

El viajero había comprado un par de mangos en una de esas barrocas fruterías que extienden su escaparate sobre la acera y había avanzado entre la multitud con el cartucho de papel en el que el empleado había guardado las frutas antes de entregárselas. Con el cartucho entre las manos se había detenido ante los escaparates de corbatas que parecen italianas, de zapatos que parecen ingleses, de camisas que parecen americanas, de perfumes que parecen franceses y de otros que son exactamente lo que parecen. Se había hecho un lío entre lo verdadero que parece tan bueno como lo falso y había escuchado hablar al menos en veinte lenguas, muchas de ellas de esas que a quienes vivimos en un rincón del mundo llamado Europa, nos parecen propias de marginales minorías. Se había cruzado con chinos de Sichuan, de Cantón o de Taiwan (esas minorías de mil millones de laboriosas almas), con malayos, camboyanos, javaneses, vietnamitas, cingaleses, hindúes de algún lugar del subcontinente; y también con franceses apresurados, con americanos de gestos seguros, con ingleses que se pasean por la



Los fríos escaparates de pronto se convierten en un bazar hindú, las tiendas que venden ordenadores lindan con diminutos restaurantes cantoneses que exponen impudicamente su zoológico a la espera del instante de gloria de la cocina.

ciudad como quien se sienta en la butaca de cuero frente al televisor del salón de casa; australianos, japoneses, sudamericanos de alguna parte, españoles. La uniformidad de cuanto exhibían las tiendas tecnológicas de este gran almacén se le había hecho pedazos sobre las populosas aceras.

Había visto el pretérito abigarrado e imperfecto en Aberdeen, en ese mundo de casas flotantes en las que se cocina y tiende ropa sin parar, ciudad de barcos vivienda, de hombres anfibios y restaurantes barcaza y luego había saltado al futuro en el distrito Central de la isla de Hong-Kong, entre los troncos de una jungla transparente de rascacielos de vidrio, de aceras volantes que conducen de un edificio a otro, de laberintos de hormigón, de pasos elevados y escaléctrix, de túneles submarinos, de azoteas en las que conviven piscinas, jardines frondosos y helipuertos. Es donde la ciudad muestra toda su soberbia de gran potencia fi-

nanciera (al parecer, la tercera, después de Nueva York y Londres), de gran emperatriz asiática, que se levanta orgullosa sobre su modesto y poco confesable origen de pequeña colonia británica de almacenistas y traficantes de opio.

Opulencia de arquitecturas, de soluciones urbanas atrevidas, de transportes higiénicos, rápidos y baratos, de tiendas de joyas y antigüedades, de florecientes bancos. El rutilante collar de una colonia que vive frenéticamente sus últimos años, tomando fuerzas suplementarias, sometiéndose a *liftings* antes de superar su prueba de fuego, cuando el 1 de julio de 1997 pase a convertirse en china.

Más allá, en los extremos de Kowloon, en los Nuevos Territorios, los barrios de emigrantes, las colmenas humanas, la sucesión de verticales dormitorios, las fábricas y talleres instalados

en cualquier parte, y, como flotando por encima, el Pico Victoria (Pico Victoria, Lago Victoria, qué monótono y monárquico afán británico por poner nombre propio a cuanto tuvo durante siglos nombre común), con sus lujosas mansiones, sus bosques de árboles tropicales respirando humedad, su funicular y los miradores a los que se asoman los turistas cargados con la cámara que acaban de comprar dispuestos a llevarse el equipaje de ese bosque de troncos de vidrio, el ajeteo de los barcos entre las islas y el continente,

el perfil de tierras que se suceden flotando en el mar hasta perderse de vista.

Hong-Kong desde lo alto tiene la superficialidad de lo reciente. Los helicópteros se quedan flotando un instante detenidos en el aire y luego descienden para posarse sobre alguno de los inmensos edificios

LAS FRUTERÍAS

ESPARCEN SOBRE LA

ACERA EL SUAVE

PERFUME DEL MANGO,

DE LA BANANA

Y LA HUMEDAD.

que el gobierno chino se apresura ya a comprar a la espera del día en que sus ciudadanos paseen libremente bajo las aguas del estrecho en el impoluto metro refrigerado. La niebla había empezado a difuminar el horizonte y una pareja le pidió al viajero que le hiciera una foto con toda aquella masa de edificios a sus espaldas. Allí estaban las iglesias católicas, los templos budistas en los que humeaban las varitas de incienso y donde las mujeres cortaban pequeños papeles de estaño que luego tiraban en una hoguera, las mezquitas, las iglesias protestantes de todas las advocaciones, y también los ejecutivos de *attaché*, las mujeres que deshollaban serpientes antes de arrojarlas a la cazuela, y los comerciantes de Taiwan que, en ese mismo instante, procedían a trincar un *filet mignon* en un restaurante francés. El viajero apretó el botón de la cámara y los enamorados se llevaron todo aquello que estaba hirviendo allí abajo y no se podía ver.

Se llevaron también los neones apagados de Lockhard Road, los Pussy Cat Bar, los Bottom Up Bar, los Suzie Wong Bar, con sus muchachas chinas bebiendo té en lugar de whisky y bailando desnudas ante los ojos pesados de los ejecutivos que se escapan de la soledad de las habitaciones de hotel y que sueñan con hijos y caricias abandonadas en Seattle, Sidney o Düsseldorf. Lugares que llevan el recuerdo de otro tiempo de Hong-Kong, de otra etapa de loca ebriedad, cuando la colonia se convirtió en blando reposo de los guerreros que defendían a Occidente en Vietnam. También el viajero tuvo horas más tarde la sensación de que se llevaba todas esas cosas consigo rumbo a la eternidad, cuando el avión despegó del minúsculo aeropuerto encajonado entre el mar y la barrera vertical de los edificios. Pero no, la ciudad fue quedándose allá abajo y enseguida la ventanilla se llenó con los colores cambiantes del mar y el comandante les dio luz verde a los fumadores.

A G E N D A

DÓNDE DORMIR

Hong-Kong, como gran centro financiero y comercial de Asia, y puerta de la inmensa China, cuenta con numerosísimos y excelentes hoteles, tanto en la isla como en Kowloon, si bien la mayoría se agrupan en esta última zona, donde, además, se encuentran buena parte de los servicios útiles para los viajeros.

Entre los mejores situados en Kowloon, el *Peninsula* guarda un viejo sabor colonial y destaca por su refinado ambiente. El

enorgullece de servir una cocina en la línea de Bocusse. El *Hyatt Regency*, situado en Nathan Road, en pleno barrio comercial, ofrece una bien surtida galería para los compradores que acuden a esta ciudad-escaparate. Otros hoteles lujosos de la península son: *Royal Garden* y *Royal Pacific*, *The Hong-Kong* o *Golden Mile Holiday Inn*.

que preside la vida de los ejecutivos en la actualidad, pero también suelen ser animados centros nocturnos, con numerosos bares y discotecas. De día, buena parte de ellos abren sus galerías comerciales donde se puede comprarse casi todo.

DÓNDE COMER

En Hong-Kong presumen de ser la capital asiática en la que mejor pueden encontrarse representadas todas las cocinas de ese continente, así como también buena parte de las europeas. La abundancia y variedad de excelentes materias primas en la zona facilitan la tarea de los restaurantes.

La *cocina cantonesa* ocupa un lugar destacado en las ofertas culinarias: *King Bun* (para algunos



Sbhangri-La es lujoso, opulento, y sus restaurantes francés y cantonés son muy apreciados por los entendidos de la ciudad. También es suntuoso el *Regent*, que goza de una espléndida vista sobre la isla. Algunos opinan que es el mejor hotel de la ciudad, e incluso de Asia. Buena cocina francesa y cantonesa. El *Sberaton Hong-Kong* es muy apreciado por los ejecutivos, con su soberbia piscina en la elevada terraza. También el *Holiday Inn Harbor Wiew* es lujoso y goza de extraordinarias vistas sobre el puerto de Kowloon. El *Regal Méridien* pertenece a Air France y la cadena Méridien se



En la isla de Hong-Kong, destacan el *Mandarin*, preferido de los ejecutivos, que también frecuentan el *China Harbour Wiew* y el *China Merchants*, el *Hong-Kong Hilton*, el *Furama*, que cuenta con cocina francesa, cantonesa, japonesa e hindú, el *Excelsior*, o el *Conrad* y el *Grand Hyatt Weng*, estos dos últimos de reciente construcción.

Generalmente, todos estos hoteles dedican especial atención a las instalaciones deportivas —health club—, siguiendo la moda

el cantonés más interesante), *Jade Garden* (del grupo Maxim's, con numerosos locales en distintos puntos de la ciudad), *Man Wab* (en el Hotel Mandarin), *Sea Palace* y *Tai Park*, restaurantes flotantes en Aberdeen, *Fung Lum*, o *The Dumpling Shop*, donde se sirven en un ambiente popular los aperitivos cantoneses, o la cadena *Tai Woo*, son algunos ejemplos. *Sung Tung Lok*, con media docena de locales en Hong-Kong, es famoso por sus sopas de aletas de tiburón.



Entre los locales que sirven *cocina pekinesa*, destacan el *Peking Garden*, con varios locales que pertenecen a la cadena Maxim's, *American Peking* y *Peking*. El *Great Shanghai* se precia de ser el mejor restaurante al estilo de la ciudad china del Huangpu. La *cocina de Sichuan* está representada por *Red Pepper*, *Unicorn Szechuen* y *Sichuan Gardens*, este último el más caro y elegante.

También existe una abundante representación de restaurantes de otros países asiáticos, al margen de China. Entre los de *cocina japonesa*, destacan: *Asian*, *Tomoua* y *Okaban*, en el Hotel Lee Garden. Entre los que ofrecen *cocina hindú*: *Asboka*, *The Gaylord*, *Chunking Mansions* o el *Mabarajah*, con abundancia de platos de la especialidad *tandoor*. En *Java Rijstafel* o en *Indonesia Satay House* pueden degustarse las *especialidades indonesias*. En *Koreana* y en numerosos restaurantes de hotel se sirve *cocina de Corea*.

El quehacer francés cuenta con numerosísimas representaciones en la ciudad de Hong Kong: *Au trou normand*, donde entre otras especialida-

des se pueden degustar crêpes flambeadas al calvados, *Gaddi's*, *La rose noire*, o los elegantes y carísimos *Pierrot*, *Lalique*, con lujoso decorado art déco, y *Margaux*.

Baron's Table, en el Holiday Inn Golden Mile Hotel, es tal vez el restaurante alemán más apreciado. *Rigoletto* e *Il Mercato* constituyen dos buenos ejemplos de *cocina italiana*, aunque también se pueden encontrar en la ciudad numerosas pizzerías y spaghetti house. Un interesante asador de carne al *estilo americano* lo constituye *The Steak House*. Se trata sólo de una brevísima muestra de la variedad y opulencia de los restaurantes de Hong Kong, que reflejan la inmensa vitalidad de esta ciudad, así como su capacidad para recibir influencias y hábitos de cualquier lugar del mundo y convertirlos en elemento de su vida cotidiana. Además de estos restaurantes y de otros más o menos lujosos, todo Hong Kong compone un enorme escaparate: pequeños locales en los que se pueden degustar los *dim sum*, esos raviolis o bocadillos rellenos de carnes, verduras o frutos del mar. También son excelentes los peces



y mariscos y pueden comerse, fresquíssimos, en numerosos puntos de esta ciudad que es exigente a la hora de exigir su menú.

QUÉ VISITAR

Poco queda del Hong Kong que uno puede ver en las viejas fotografías. La avidez por el terreno en esta ciudad de limitada superficie ha llevado a la desaparición de la mayoría de las antiguas y soberbias edificaciones. Sólo en el ascenso hacia el Pico Vic-

Banco de China (obra de Pei) o el de Hong Kong (de Foster) son de gran belleza. Merece la pena recorrer Connaught Road Central, Des Voeux Road, o Queen's Road, para admirar estas modernas edificaciones y también contemplar la isla desde la otra orilla, desde la punta del Star Ferry y del Museo de Arte de Hong Kong, en Kowloon. Desde allí los deslumbrantes edificios de vidrio destellan al atardecer y durante la noche.

Hay varios museos —el de arte, el de historia, el Flagstaff House, dedicado al té y su servicio) y hermosos parques (el botánico, riquísimo, el oceanográfico). Vale la pena usar el ferry y también subir al funicular del Pico Victoria. Hay que acercarse a Aberdeen, el barrio chino flotante. Y, muy especialmente, en esta ciudad-escaparate, recorrer los barrios comerciales tanto de Kowloon como de la isla.

Hong Kong es el gran almacén de Asia y muestra sus deseos de vender por todas partes. La ciudad compone un inmenso mercado en el que se suceden las galerías comerciales, incluso en el interior de los hoteles, las tiendas, los bazares. Gentes de todas partes del mundo abren sus puertas al comercio cada día y no las cierran hasta bien entrada la noche. Puede adquirirse ropa en Causeway Bay y en los alrededores de Lee Garden y también en Kowloon, en Nathan Road. Las prendas deportivas en Stanley Market, en Tsimshatsui. La plata, en Hollywood Road; las cámaras, en Harkow Road, Nathan Road y Causeway Bay. Los relojes en Queen's Road y en Kowloon; el jade, en el Jade Market. Las alfombras chinas, en Ocean Terminal y las persas e hindúes en Wyndham Street y Hollywood Road. Aunque, claro, escribir así puede dar lugar a confusiones, porque en realidad se vende todo un poco por todas partes, incluidos los hoteles.

toria pueden encontrarse algunas de estas villas, hoy ocupadas por multimillonarios. Precisamente el Pico Victoria es el mirador privilegiado desde el que contemplar la isla de Hong Kong en su conjunto, así como la península de Kowloon y el resto del archipiélago (Lantau, Lamm o Potoi).

El hecho de que queden escasos ejemplos de la vieja arquitectura no debe hacer pensar al visitante que los modernos edificios carecen de interés. Algunos, como el